



M. Cruz Ortega

Cuarenta inviernos
y ninguna primavera



Cuarenta inviernos y ninguna primavera

M. CRUZ ORTEGA

Copyright © 2014 M. Cruz Ortega

All rights reserved.

ISBN-10: 1505743982
ISBN-13: 978-1505743982

DEDICATORIA

Esta dedicatoria es mi forma de pedir perdón por todo el daño que te haya podido causar, aunque haya sido mínimo, por todos esos momentos difíciles que en su tiempo tuviste que pasar, por lo poco que supe agradeceréte, por haber dedicado tu vida a tu familia, cansando tu cuerpo y tu alma, hasta la extenuación y por ser siempre el pilar que sostiene esta familia, y por enseñarnos a que siga así, pasen los años que pasen. Agradecerte habernos dado la vida a los cuatro porque si hubiésemos sido menos nos faltaría un pedacito y por ser la mejor madre, esposa, maestra, enfermera, administradora y demás carrerazas que has ido aprobando a lo largo de tu vida, con matrícula de honor.
Por todo eso y mucho más...gracias.

A mi querida madre.

PRÓLOGO

Cuando los sueños se cumplen, las sonrisas se dibujan solas a codazos y empujones, entre las semillas de la desolación y el lienzo del desamparo.

Cuando los pensamientos e ideas se materializan en realidades, las personas se realizan y ascienden a un nivel superior.

Cuando el tiempo se acelera y evita que cojamos lo que la vida nos ofrece, nos sembramos de decepción, únicamente resarcida con la siega de sus oscuras flores.

Entre sueños, pensamientos e ideas, nace este libro tardío, retardado por el propio segundero de su autora, a la cual conozco muy bien, pues además de la sangre y las épocas, vivencias y momentos que compartimos, nos unen las incomprensibles bromas del destino.

Ella escritora de nacimiento y yo nacido entre negra tinta, que aún siendo muy diferentes en nuestra escritura y género literario, siempre hemos compartido el cálamo y la pluma de ave.

Con este conocimiento de la creadora de esta historia os invito a leer, con la conciencia que flota sobre la balsa de mi aceite, de que no os defraudará este libro y adelanto que en las páginas próximas os adentraréis en un relato, una narrativa de época, ficción con toques de realidad, curiosidad y suspense, enmarcado dentro de la propia historia del país, pero en la que se resalta y se alaba a los pequeños pueblos que parece ser, pasaron desapercibidos para los historiadores, entre ellos el suyo propio.

Un guiño a familiares, habitantes y poblaciones que vivieron los terrores del pasado y en donde el amor y el rencor es el motor que empuja a la protagonista del mismo.

Personalmente, accedí a este libro y me introduje en su lectura como un extraterrestre en un nuevo mundo, lleno de auténticos y sorprendentes descubrimientos muy gratos para mí y de esta manera sé que os entusiasmará como lo ha hecho conmigo.

Orgulloso indefinidamente de autora y obra, poco más puedo decir de vuestra ahora posesión, salvo mi certeza de que lo disfrutaréis y agradecer la búsqueda en vuestra andadura como lectores, de hallazgos de nuevas vidas, hazañas y acontecimientos, así como la valentía y dedicación de aquellos que las hacen posibles.

Por duradera que sea la nieve, siempre acaba descongelándose con el primer bostezo de la naturaleza, asomando los retoños más deseados y los ausentes, desaparecidos o nunca presentes, salen de su largo letargo invernal, pues no siempre se puede estar dormido.

Cada estación es capaz de fascinar a su manera, pero cuanto más duro es el invierno, más hermosa la primavera.

Domin Cruz.

Hermano de una gran escritora

y

Autor de los libros:

“Las profundidades del mar de la incomprensión”

“Nasciturus. El que ha de nacer”.

Sonó el timbre de casa, al abrir la puerta, un chófer del ejército me entregó una carta.

Señorita Ruano:

Su padre, el Coronel Ruano, se encuentra ingresado en el hospital militar de su localidad, debido a un grave accidente.

Me pongo en contacto con usted, por expreso deseo del Coronel, que ambiciona verla aquí en la mayor brevedad posible, para ello le envió esta carta con un chófer, que está a su entera disposición.

Sin más, deseo que al recibo de esta se encuentre bien, y espero verla pronto.

*Un saludo,
Gertrudis.*

Mi padre, quería verme después de veinte años sin tener ningún contacto con él.

Estaba un tanto confundida, no sabía que hacer, no quería verlo. Un pensamiento me invadió rápidamente. ¿Estaba tan mal como para querer verme?

Pues bien, le daría la oportunidad de pedirme perdón, quería ver si ante la posibilidad de la muerte sentía algo de arrepentimiento, y si en su lecho de muerte, por una vez en su vida, tenía miedo, como muchos otros lo tuvieron cuando vieron la muerte llegar.

Una vez leída la carta y pensada la respuesta, le pedí al chófer, que continuaba frente a mí inmóvil, que me esperara unos treinta minutos, para prepararme y coger algo de equipaje.

Una hora más tarde, salí de casa cerrando la puerta, para emprender el viaje más difícil de mi vida.

Me pareció una eternidad el tiempo que tardamos en llegar a Madrid.

En mi cabeza, una guerra de pensamientos me tenía inmersa en un estado casi catatónico que me impidió darme cuenta de que habíamos atravesado la ciudad, y nos encontrábamos estacionados frente a la puerta del hospital.

El chófer llamándome la atención me hizo volver a la realidad. Bajé del coche y una chica joven, guapa y con un rostro que desprendía dulzura se acercó a mí.

—¿Señorita Ruano?

—Sí, soy yo.

—Soy Gertrudis, por petición expresa de su padre...

No dejándola terminar la frase.

—Usted me escribió la nota ¿no?

—Sí efectivamente.

—¿Cómo me ha localizado?

—Bueno...Usted sabe, al ejército no se le escapa nada.

—Ya, ¡ni nadie! ¿Por qué estoy aquí?

—Su padre, al que yo cuido desde hace años, tuvo un accidente en el que se ha fracturado varios huesos y se ha golpeado fuertemente en la cabeza provocándole una contusión cerebral. Por lo que sé tiene que ser operado de la pierna, el brazo y según la evolución, decidirán que hacer con la contusión. Los médicos han decidido hacer ambas operaciones a la vez.

Su padre me pidió que la localizara si se daban las circunstancias, y pensé que querría verle antes de que entrara en quirófano. La operación será mañana a las nueve en punto de la mañana. ¿Quiere entrar a verle?

—No, ahora no, voy a buscar un hotel para descansar del viaje.

—Señorita Ruano, me he tomado la libertad de buscarle una habitación, el chófer la llevará al hotel, está a su entera disposición.

—Bien, gracias Gertrudis, y...por favor llámame Ana.

Una vez había llegado al hotel donde me dejó el chófer, fui a recepción para coger la llave de mi habitación.

—¡Hola! ¿Tienen una reserva a nombre de Ana María Ruano?

—Sí señorita, la esperábamos, bienvenida a Madrid.

Cogiendo la llave, le agradecí su bienvenida, y me dirigí a mi habitación.

Todo era igual, estaba todo preparado al milímetro, y eso que se debatía entre la vida y la muerte. Todo estaba bajo control. ¡Bajo SU control!

Tumbada en la cama, en aquella habitación donde miles de almas habían pasado noches enteras, me invadió un pensamiento. Mañana iría al hospital y esperaría paciente a que alguien me diese la esperada noticia del fallecimiento del Coronel Ruano.

Junto a la cama había una mesita y sobre ella una pequeña lámpara, que me recordó a una que tenía mi madre siempre encendida, no sé por qué la habitación me recordaba a mi madre, quizá porque dentro de mí se removían todos esos años de sufrimiento, decepción y dolor, provocado por mi propio padre.

Abstraída en esos pensamientos, me quedé dormida.

A eso de las cinco de la madrugada, me desperté sobresaltada, me incorporé quedando sentada en la cama y rompí a llorar, recordando el odio que durante tantos años había acumulado y por fin estaba a punto de liberar.

Él tenía que sufrir, con su muerte, yo quedaría libre totalmente, mi vida tomaría otro rumbo, al fin pagaría todo lo adeudado a tantos como hizo sufrir.

Estaba impaciente, quería que todo terminase de una vez, así, que me vestí, bajé a la calle, golpeé el cristal del coche donde el chófer estaba durmiendo, y le dije que me llevara al hospital.

Me senté en un pasillo, las luces estaban apagadas aún, eran las seis de la mañana, muy temprano todavía, se escuchaban ronquidos, alguna que otra tos y un silencio sepulcral. Miraba a mi derecha y el pasillo era interminable, oscuro, exceptuando alguna que otra puerta entreabierta que dejaba salir una tenue luz. Por mi izquierda todo era oscuridad e infinito, y al frente, la puerta cerrada donde se encontraba mi padre.

Lentamente se abrió la puerta dejando ver un haz de luz, del que salió Gertrudis.

—¿Qué hace aquí señorita Ruano?

—Ana, llámame Ana. No podía dormir.

—Iba a tomar un café, ¿me acompañas?

—De acuerdo, tomaremos un café, nos vendrá bien.

Llegamos a una cafetería, que parecía una cantina de un cuartel militar. Todo alicatado de blanco, con una barra de ladrillos sobre la que había una tabla de color claro, que hacía las veces de mostrador.

Nos pedimos un café, que nos pusieron en unos vasos rayados de tantos servicios como tenían, nos acercamos a una mesa redonda, blanca, con unas sillas, colocadas alrededor, en madera, envejecidas por el mal trato continuo al que estaban expuestas y nos sentamos allí.

Durante unos minutos, sentadas una frente a la otra, no nos dirigimos la palabra, sólo cruzamos un par de veces las miradas, esperando, que la gran barrera imaginaria que nos separaba se rompiera de una vez.

Por fin, con el sonido de los vasos chocando entre ellos, el tintineo de las cucharillas, el murmullo de los camareros y las conversaciones lejanas de los demás clientes, el muro se derrumbó y lancé una pregunta.

—¿Trabajas para mi padre?

—Sí, desde hace diez años, me encargo de la casa, su comida, su ropa... ¡Ya sabes!

—Sí, ya sé. Y ¿Cómo supiste de mí?

—Hace un par de años comenzó a hablarme de ti y de todo lo que había sucedido entre vosotros, es por eso que te busqué, él, me tenía dicho que si alguna vez le sucedía algo, te lo hiciese saber.

—¿Cómo dices?, ¿Lo sabes todo?, ¿no puedo creer que te lo contara!, ¿mi padre? Podría decirte que ese no es mi padre, ¿no lo reconozco!

—Pues sí Ana, tu padre es un ser amable, dulce y comprensivo de un tiempo a esta parte, y...Sí, lo sé todo. Me contó que tenía una hija, a la que no veía desde hacía veinte años, por unas tontas discrepancias con el chico con el que te relacionabas. También...

Antes de que la frase siguiente, me doliera más aún de lo que me estaban doliendo todas las palabras anteriores, que se me clavaban en el alma como cuchillas afiladas, la corté.

—¡Para!, ¡para!, ¡para!... ¿Discrepancias?, ¡no me lo puedo creer!, bueno... Ya seguiremos hablando, ahora vamos que se nos hace tarde.

Salimos de la cafetería las dos en silencio. Recorrimos el pasillo que llevaba a la escalera, subimos los tres pisos que llevaban al recoveco oscuro y lúgubre, donde se encontraba la estancia de mi padre, lo recorrimos en silencio hasta llegar a la puerta de la habitación.

En el tiempo que tardamos en hacer el recorrido, no hubo una sola palabra, ni nos miramos siquiera, yo pensaba en sus palabras y a ella la notaba ansiosa por retomar la conversación, que minutos antes yo había cortado en seco.

Gertrudis entró en la habitación, mientras yo esperaba sentada en la misma silla que cuando llegué, si no hubiese sido por la conversación, que rompió de nuevo mis esquemas, hubiese parecido que no me había movido de allí.

Pasado un rato, poco tiempo, mientras yo pensaba en todo lo que se volvía a remover en mí, entraron dos enfermeras. Era la hora, se lo llevarían a operar y con suerte todo acabaría, se cerraría el peor capítulo de mi vida.

Salió Gertrudis, luego las enfermeras con mi padre tumbado en una cama, ni me levanté de la silla, al pasar por mi lado, observé a un señor, mi padre, desconocido, envejecido, con los ojos cerrados y mi corazón dio un vuelco, igual que cuando era niña, esa sensación entre miedo y odio, volví a sentirla. Ahora, más odio que miedo, esa era la diferencia.

Gertrudis tocándome suavemente en el hombro, me ayudó a incorporarme para ir a esperar en la sala de familiares, cerca del quirófano, y en ese momento, viéndome agarrada del brazo de Gertrudis, yendo tras la cama, recorriendo el interminable pasillo, me vino a la cabeza una pregunta que lancé al viento inconscientemente.

—¿Y mis hermanos?

Automáticamente, sin dejar pasar ni una milésima de segundo, Gertrudis detuvo nuestros pasos y se quedó inmóvil frente a mí mirándome fijamente a los ojos.

—¿Qué hermanos?, tengo entendido que eres hija única, ¿tienes hermanos?

No sabía que responder, no entendía el por qué, de ocultar a sus hijos. Seguía con la mirada fija en mis ojos, esperando una respuesta, yo, más llena de odio si cabía y decepcionada respondí.

—Tres, tiene tres hijos y una hija. Ese hombre al que tú describes como un anciano bueno, dulce, generoso y comprensivo te oculta a sus hijos y te miente en todo, no ha sido sincero contigo.

Gertrudis, bajando la mirada al suelo continuó andando tirando amistosamente de mí, mi sensación fue que ella se sabía engañada.

Llegamos al quirófano, metieron a mi padre dentro, mientras el médico que le iba a operar salía para informarnos.

—El Coronel Ruano sufre una fractura severa de tibia, que repararé quirúrgicamente, igualmente se le tratará la rotura del húmero, en quirófano al mismo tiempo, también padece una contusión cerebral, que ya se le está tratando. El neurólogo hablará más tarde con ustedes, pero quédense tranquilas, porque parece ser que está desapareciendo paulatinamente y no habrá necesidad de cirugía. El Coronel es un hombre, pese a su edad, sano y fuerte por lo que saldrá de esta sin complicaciones. Y...Ahora, si me disculpan.

—Gracias doctor, estaremos en la sala de familiares, para cualquier cosa.

Al oír al médico, mi mundo se volvió a derrumbar, me había costado años y años intentar reconstruir mi vida y en un minuto, en lo que duró la conversación entre el médico y Gertrudis, todo se me vino a bajo de nuevo, ¡va a salir de esta! No me lo podía creer, yo, estaba allí para ver su fin, no para enterarme de que pese a su edad estaba sano y fuerte, para mí era una desgracia que semejante individuo continuara en el mundo, quería que muriese, que Dios todopoderoso le juzgara y sin dudar no le perdonara sus pecados, que eran muchos y graves, y ardiera en el infierno eternamente y entonces yo podría vivir el resto de mi vida tranquila. La sala de familiares, como la llamaban, era una pequeña salita con sillas al alrededor de una mesa rectangular, donde montones de revistas, periódicos y panfletos amontonados, desordenados y algunos pintados y rotos, hacían ver la cantidad de personas que habían pasado por allí, utilizando los inertes papeles para calmar los nervios, que a diferencia de mí, padecían por motivos muy diferentes, ellos por la mejoría de sus seres queridos, y yo por todo lo contrario.